

Fernando Castillo

TINTÍN - HERGÉ



Una vida del siglo XX

fórcola

TINTÍN-HERGÉ

Fernando Castillo Cáceres

TINTÍN-HERGÉ

Una vida del siglo xx

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Fotografías de Bernard Plossu

fórcola

Señales

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Carmen Palomo

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Tintín y Milú

© Del Prólogo, Luis Alberto de Cuenca, 2011

© De las fotografías, Bernard Plossu, 2011

© Del texto y la ilustración del colofón, Fernando Castillo Cáceres, 2011

© Fórcola Ediciones, 2011

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-19569-2011

ISBN: 978-84-15174-40-0 (ePub)

«Si hay algo dulce, en un atardecer solitario, es respirar, una vez más, el
adiós de ese recuerdo encantado.»

Villiers de L'Isle-Adam, «Virginie y Paul», *Cuentos crueles*

«Pues los celestes descansan gustosos en el corazón sensible.»

Friedrich Hölderlin, *El Archipiélago*

«¡Rodrigo Tortilla, tú me has matado!»

Georges Remi, *La oreja rota*

PRÓLOGO

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (CSIC)

UNO NO ES TINTINÓFILO desde la infancia. De niño, miraba con cierta desconfianza aquellos álbumes tan caros y atildados de Editorial Juventud en que se narraban las hazañas de Tintín y Milú, y prefería sumergirme en los tebeos apaisados de Editorial Valenciana o de Bruguera, tan cuertamente hispánicos, que costaban entonces peseta y media, y nos contaban las aventuras del Guerrero del Antifaz, el Espadachín Enmascarado, el Capitán Trueno o el Jabato. Hacia 1980, cuando frisaba en la treintena, empecé a darme cuenta de la gran trascendencia de la «línea clara» en el cómic y me afilié a su secta de *fans* con el entusiasmo propio de las vocaciones tardías. En la conversión tuvo un protagonismo determinante Juan Manuel Bonet, quien en una terraza que había entonces en Neptuno me reveló el decisivo papel jugado por la historieta franco-belga y su jefe de filas, Georges Remi, llamado Hergé (invirtiendo las iniciales de su nombre y de su apellido: RG), en la historia del arte contemporáneo.

Cuando me hice tintinófilo, supe que era para siempre. Piensan algunos que el malhadado siglo xx alcanzó en nombres propios como James Joyce, Igor Stravinsky o Pablo Picasso su máxima expresión y su más depurada razón de ser. Hay gente que opta por estrellas del celuloide como Bogart o Greta Garbo, o por directores cinematográficos como John Ford o Howard Hawks, o por mitos deportivos como Jesse Owens o Alfredo Di Stéfano, o por cantantes como Gardel, Sinatra o Elvis Presley, o por los mil y un sabios que convirtieron la última centuria en un El Dorado de asombrosos descubrimientos científicos. A mí me parece, y lo digo alto y claro, que hay tres individuos que retratan el siglo pasado con una nitidez y una compleción extraordinarias, y que destacan por encima de los demás como representantes genuinos de esos cien años: me refiero al británico —nacido en Bloemfontein, Sudá-

frica— J. R. R. Tolkien, al norteamericano Walt Disney y al belga Georges Remi, llamado Hergé, tres gigantes de la comunicación, el primero desde la esfera de las letras, el segundo desde la del dibujo animado y el tercero desde la del cómic (o historieta, o tebeo, o como prefiráis llamarlo).

Una vez convertido a la verdadera fe tintiniana, comencé a devorar los álbumes que aún no había leído del intrépido reportero bruselense —que eran la mayoría, porque en mi tebeoteca adolescente sólo había una *princeps* española de *Tintín: El tesoro de Rackham el Rojo*— y me sumergí en los remolinos bibliográficos de la literatura secundaria sobre Hergé y su criatura, que son voraces y procelosos como pocos, topándome con gente como Juan Eugenio d'Ors (*Tintín, Hergé... y los demás*, Ediciones Libertarias, 1988), Pierre Assouline (*Hergé*, Destino, 1997) o Fernando Castillo (*El siglo de Tintín. Biografía*, Páginas de Espuma, 2004), libro este último cuya nueva edición, corregida y profusamente aumentada, y que se publica, a cargo de Fórcola, con el título *Tintín-Hergé, una vida del siglo xx*, justifica estas líneas preliminares.

Fernando Castillo Cáceres (Madrid, 1953) es licenciado en Ciencias Políticas, periodista e historiador. Ha publicado libros de gran calado historiográfico como *Estudios sobre cultura, guerra y política en la Corona de Castilla (siglos XIV-XVII)*, publicado por el CSIC, o *Capital aborrecida* (Ediciones Polifemo), una curiosísima historia de la aversión hacia Madrid detectable en la literatura y la sociedad españolas desde el 98 a la posguerra. También se ha dedicado al mundo del arte, comisariando diferentes exposiciones. Su hijo y homónimo Fernando es íntimo amigo de mi hija Inés, lo que podría parecer un dato irrelevante, pero a mí se me antoja de una enorme importancia, pues leí, uno a uno, los álbumes de *Tintín* a Inés cuando era muy pequeña, y eso es algo que ella se empeña en no olvidar y en agradecerme, dada su condición de tintiniana impenitente a partir de entonces. Me consta la devoción de mi hija por el libro citado sobre Tintín del padre de su amigo, con lo que me hace doble ilusión ponerle un prólogo a esta reedición, mejoradísima, de su homenaje a Hergé.

La historia del siglo xx se refleja de forma admirable en los veinticuatro álbumes de *Tintín*, minuciosamente estudiados y analizados por Fer-

nando Castillo en su luminosa monografía, al mismo tiempo que estudia y analiza la biografía de su creador, Georges Remi. El libro de Castillo es una formidable investigación, pero no pierde nunca la referencia del placer, del entretenimiento, de las abrumadoras dosis de diversión que esos veinticuatro álbumes han supuesto, suponen y supondrán para el lector de todo el mundo que se acerque a sus páginas. *Tintín-Hergé, una vida del siglo xx* es el fruto de un excelente investigador, pero también la obra de un apasionado admirador de Tintín y de la «línea clara», continuada por dibujantes de la talla de Edgar P. Jacobs, el inventor de *Blake y Mortimer*.

Sí, desde luego, como dice el autor al final de su «Introducción»: «¡Larga vida para Tintín!». Pero ¡larga vida también para Fernando Castillo Cáceres, que ha sido capaz de contarnos su amor por las hazañas del reportero del tupé en un libro tan documentado, tan entrañable y delicioso como el que está a punto de comenzar!

Madrid, 9 de marzo de 2011

PREÁMBULO

DECÍA JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, en una cita recurrente desde que Andrés Tripiello la recuperase para abrir su libro sobre la imprenta en España, que los libros en ediciones diferentes dicen cosas distintas. La frase puede parecer una rotundidad acerca de la edición, semejante a otras que su autor, tan entregado impresor como poeta, lanzó acerca de éste y otros asuntos, pero en este caso ha sido, más que una aspiración, un firme propósito que ha inspirado la realización de este trabajo. Y es que este nuevo libro puede parecer que es el mismo que el editado en 2004 por la editorial Páginas de Espuma con el título *El siglo de Tintín*, hoy día prácticamente inencontrable en las librerías, y en muchos aspectos es así, pues además de que sigue siendo un ensayo que tiene como objeto la época y el binomio formado por Tintín-Hergé, de manera que los acontecimientos vividos por uno y otro son su hilo conductor, el texto es esencialmente el mismo. Sin embargo, y de ahí la cita juanramoniana, creemos que han variado cosas, muchas cosas, y que ahora estamos ante un nuevo libro que está presentado de manera diferente y cuyo contenido ha sido corregido y aumentado, como proclaman las nuevas ediciones que se precien, de manera sustancial.

En esta nueva obra se han incluido unos apartados, los llamados «laldillos», que estructuran los capítulos, facilitan y aligeran la lectura, al tiempo que permiten orientar al lector por el libro. También se ha corregido y aumentado el texto original en una más que discreta extensión mediante la inclusión de algunos datos y abundando en alguna precisión. Pero la novedad más destacable son los dos capítulos que se han añadido y que recogen diferentes aspectos acerca de Tintín y Hergé, que creemos han contribuido a mejorar y actualizar el conjunto y a completar la primera versión del trabajo. El primero de los nuevos apartados está dedicado a una aventura póstuma que Hergé dejó inacabada, como es *Tintín y el Arte-Alfa*, y a una visión de conjunto del fenómeno de los apócrifos, los llamados «pastiches», es decir, los álbumes realizados, con intención variable, por autores que al crear nuevos episodios no hacen más que contribuir a prolongar la vida del héroe, aunque sea con rasgos y características diferentes. Hay un rápido recorrido por las

aventuras de estos Tintines ful que tienen como referente a las cuestiones más políticas, aquellas que no fueron nunca tratadas por Hergé y que en muchos casos componen una reveladora lista de ausencias, de aventuras que Hergé nunca dibujó, que también sirve para retratar al personaje y al contexto.

Cierra el conjunto de las novedades la presencia de una bibliografía, más selecta que exhaustiva, que recoge la literatura dedicada a ambos personajes, Tintín y Hergé, con atención especial a los títulos aparecidos en el ámbito hispano. El criterio de selección ha tenido como guía esencial reunir los textos más rigurosos que puedan contribuir, por su dedicación, a analizar y dar a conocer mejor al dibujante, al personaje y el contexto en el que surgen las aventuras.

Hay otra novedad en este nuevo libro que es necesario destacar, como es la presencia de unas ilustraciones muy especiales. Se trata de un conjunto de fotografías de Bernard Plossu, otro personaje entregado al reportero, nacido en la muy tintinesca Indochina francesa, que ha proclamado en varias ocasiones que ha sido la «línea clara» la que ha formado su ojo, y que, como Tintín, ha compartido idéntica poética de la Naturaleza y ha sido viajero cuando viajar todavía tenía algo de aventura.

Por lo demás, sólo queda señalar que en este *Tintín-Hergé, una vida del siglo xx* se insiste en el Tintín más literario y épico, en el personaje que, como el título del libro de Luis Alberto de Cuenca, confirma la necesidad del mito y permite entender con sus aventuras la forma en que estos dos europeos contemplaban los acontecimientos que se estaban produciendo y que luego se convertirían en historia. Es de nuevo una aproximación al recorrido de un personaje que encarna lo mejor de los valores que inspiran la sociedad europea y que aplica en circunstancias que, si en el momento de escribirse eran actualidad, ahora son historia. Tintín aplica una poética de los derechos humanos, desplegados en el repudio del autoritarismo y en la defensa del oprimido y de las minorías, acudiendo a razones que están en el derecho natural, sin recurrir a posturas ni ideológicas ni religiosas, algo especialmente difícil en el siglo del compromiso y de la intolerancia.

Y es que, como ya hemos dicho en otras ocasiones, Tintín es un héroe que resume la épica de los cantares de gesta medievales y la filantropía que se acuña en la Ilustración, lo que insiste en su carácter europeo. No es difícil descubrir en el personaje creado por Hergé los valores de la Caballería medieval, cuyos principios arrancan de la cultura clásica —en concreto del estoicismo y del platonismo— y del cristianismo, así como de aquellos que surgen de lo mejor de la Revolución Francesa, de los principios de 1789 que impregnarán la sociedad europea desde su proclamación. Con estos valores, los de los derechos humanos, la filantropía y la libertad, que son los que inspiran en gran parte la sociedad europea, Tintín, de la mano de Hergé, atraviesa las décadas centrales el siglo xx, concretamente las que van de su nacimiento en 1929 a 1976, año de su última aventura, asistiendo, y a veces sufriendo, los acontecimientos y los cambios que se estaban produciendo.

Teniendo en cuenta la persistencia de este acercamiento a Tintín y Hergé, se entiende que de nuevo Louis Malle, el más modianesco y tintinófilo director de cine, se cruce por la presentación de este libro dedicado al reportero y al dibujante. Malle, quien realizó con guión de Patrick Modiano en *Lacombe Lucien* una revisión de los *années noires* (los difíciles días de la época de la Ocupación, en la estela de las más oscuras novelas del escritor, como [La ronde de nuit](#) y [Les boulevards de ceinture](#)) y que luego tituló una de sus obras con el nombre del fox terrier blanco (*Milou en mayo*, de 1989), lleva a cabo en otra de sus películas una de las mejores precisiones sobre el significado de los álbumes de Tintín. En la muy proustiana *Le souffle au cœur* (*Un soplo en el corazón*), realizada en 1971, Laurent Chevalier, el adolescente protagonista, recibe de uno de sus hermanos mayores unos libros de regalo para hacer más llevadera su enfermedad, con un comentario que es todo un tratado de aproximación a la obra de Hergé: «Toma, Proust para entretenerte y Tintín para instruirte». Poco se puede añadir a esta declaración de principios, sólo insistir en que es en este sentido adelantado por Louis Malle, que parece confirmar la cualidad de literatura y de historia del siglo xx que tienen las aventuras de Tintín como episodios nacionales de la centuria, por donde vuelve a ir este libro.

Aunque sea con la rapidez que exige este apartado de presentación, es obligado aludir a la obra de Hergé desde un punto de vista artístico, pues en ella se encuentra el estilo que confirma la mayoría de edad de la denominada, en felicísima expresión de Joost Swarte, «línea clara» practicada por la llamada Escuela de Bruselas. La aparición de las aventuras de Tintín supone la consolidación pública del dibujo más moderno que se hacía en la época, un dibujo que recoge un lenguaje que estaba en el ambiente europeo, como demuestra, por citar algún ejemplo, la obra que realizaba al mismo tiempo Luis Bagaría, absoluto desconocedor de la vida artística belga. En 1929, cuando nace Tintín, el contexto artístico del momento es el propio del llamado «espíritu de 1925», surgido en el año mágico de la Exposición Internacional de Artes Decorativas de París del encuentro de las aportaciones de la vanguardia y del clasicismo practicado por quienes preconizaban el retorno al orden reclamado por Jean Cocteau. Es un momento de coincidencia entre novedad y tradición que tiene, a pesar de su aplacamiento vanguardista, una gran capacidad de renovación del lenguaje artístico, y que encuentra en la ilustración gráfica un ámbito de aplicación privilegiado.

El estilo de Hergé está definido por un dibujo plano, sin sombras, en el que el silueteado continuo domina en perjuicio de los volúmenes y la expresión, y en el que el ángulo se impone sobre la recta. Es un estilo luminoso que dota a las viñetas tintinescas de una aparente sencillez y transparencia. En ellas hay un hilo que lleva a los maestros flamencos y holandeses, desde Memling a Vermeer, a quien tanto admiraba Hergé, pero también hay otros referentes más cercanos, como el que conduce a los artistas del realismo surgido tras la Primera Guerra Mundial, desde los dibujos de Grosz y Dix al realismo mágico practicado por Carl Grossberg o Christian Schad, o a la figuración de Albert Marquet y de Raoul Dufy, casi lírica, a lo Boreas, tan cercana a veces a la pintura fruta. Luego, cuando Tintín ya sea un mito mundial, el universo formal de Hergé inspirará el arte pop de la mano de los británicos Caulfield y Hockney, y de los americanos Wesselmann y Lichtenstein, tan deudores todos ellos de la «línea clara». Desde entonces, la obra de Hergé y sus epígonos no ha hecho sino afirmarse con artistas actuales como Julian Opie o nuestros Pelayo Ortega, Emilio González Sainz, Eduardo López,

Dis Berlín o A. M. Charris, por citar algunos de los más cercanos a la «línea clara» entre los artistas españoles de ahora.

Agradecimientos

No sólo es una exigencia de cortesía, sino de justicia, incluir el siempre grato capítulo de los agradecimientos, que ha de empezar por mi editor, Javier Jiménez, profesional intrépido y vocacional creador de la editorial Fórcola, entregado al libro desde la edición pero también desde literatura, sabiendo mucho de ambas cosas. Estoy seguro de que su futuro confirmará la máxima ciceroniana acerca de la audacia y la fortuna, porque se lo merece.

Para Luis Alberto de Cuenca, todo facilidades y más cariñoso que atento, hay un recuerdo muy especial, pues aceptó prologar este libro sin preguntar nada, ni siquiera el plazo de entrega, desplazando compromisos e interrumpiendo trabajos con una gentileza propia del héroe que admira. Su reconocida y académica condición de filólogo, escritor e historiador, su interés por Tintín y por lo que representa la «línea clara», tan presente en su poesía, y su inclinación hacia el mundo del cómic, hacen que este libro tenga un magnífico comienzo gracias a su presencia.

Hay también una mención de reconocida gratitud para Bernard Plossu, cuya generosidad y entusiasmo al facilitar sus fotografías y permitir que ilustraran este libro ha sido un regalo inesperado. Darle las gracias por su interés y cordialidad, por las facilidades dadas para el empleo de sus obras y por el interés desplegado, me sigue pareciendo poco. En relación con este asunto hay que convocar una vez más a Juan Manuel Bonet, tintinófilo reconocido además de buen amigo, y tan próximo en tantas cosas, que sabe como nadie de la conexión entre el personaje, la literatura y el arte, a quien la difusión de estos trabajos sobre Tintín le debe tanto y sin cuya intervención no hubiera sido posible disponer de estas ilustraciones.

Un recuerdo también para mi buen amigo Carlos Eymar, quien siempre ha estado apoyando mis proyectos con resignación. Prueba de ello es su prólogo a *El siglo de Tintín*, cuando publicar un ensayo sobre el

personaje era una excentricidad; para José Ramón Ortega, también amigo, tintinófilo y víctima de mis ocurrencias, quien seguro no cambiaría el trono de Abisinia por el cetro del muy *syldavo* rey Ottokar; y para Damián Flores, artista poliédrico, que sabe lo que es la «línea clara» como pocos y que, en la senda de Paul Morand, ya ha pintado su personal Tintín en América.

Por último, quiero aludir a un club de *happy fews*, la Asociación Tintinófila de Habla Hispana, que siempre ha mostrado interés por los trabajos que hemos dedicado a Tintín, especialmente en la persona de Paloma Pérez, una *rara avis* de tintinofilia femenina; a Alejandro Martínez Turégano, recopilador casi isidoriano de lo referido al reportero, quien amablemente me ha facilitado la cita de la película de Louis Malle que ahora he recogido; al entregado Pedro Rey, siempre atento a cualquier novedad tintinófila, y a Facundo Fernández, instalado en un Buenos Aires que, en algunos barrios, aún conserva aires tintinescos como de fotografía de Horacio Coppola, quizás parecidos al San Theodoros de *La oreja rota*.

Sobre esta edición

Esta edición de *Tintín-Hergé, una vida del siglo xx* se completa con una serie de índices: el primero, el de los álbumes de *Las aventuras de Tintín*, ordenados cronológicamente según el primer año de publicación, con su título original en francés, y cada uno con la abreviatura utilizada más adelante para el índice de personajes (se mencionan las variantes en español de dos álbumes que tuvo la edición publicada por Casterman); el segundo, el de los más de trescientos personajes –aunque sólo sean mencionados– que aparecen en los veinticuatro álbumes, identificados con una breve descripción, e indicando las abreviaturas del álbum o álbumes donde aparecen (se recogen además, entre paréntesis, las variantes de sus nombres, algunas muy chocantes, de la edición de Casterman); y el tercero, el índice onomástico general.

Ahora sólo queda despedirse, a ser posible de la misma forma en que lo hizo Tintín en su última aparición en vida de Hergé, cuando allá por 1976 proclamaba en la plancha que cierra *Tintín y los «Pícaros»* su

cansancio por las aventuras. Es una despedida realizada con la misma discreción y melancolía que la llevada a cabo por Ethan Edwards en la última secuencia de *Centauros del desierto*, la nunca suficientemente alabada película de John Ford. Una despedida a la que acudimos como modelo, a pesar de estar seguros de no poder superar.